

MARIA QUIERE SER TU AMIGA

LOS

IMPERDIBLES

Laura Marshall

MARIA QUIERE SER TU AMIGA

Traducción de Josep Escarré Reig



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2018

Título original: *Friend Request*

© 2017 por Laura Marshall

© de la traducción, 2018 por Josep Escarré Reig

© de esta edición, 2018 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre de 2018

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-17128-69-2

Código IBIC: FA

DL B 18.778-2018

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para M, C y A, con amor

Capítulo 1

2016

El correo electrónico aparece en mi bandeja de entrada como una bomba sin estallar: «Maria Weston quiere ser tu amiga en Facebook».

Durante un segundo paso por alto la referencia de Facebook y solo veo «Maria Weston quiere ser tu amiga». Instintivamente, cierro de golpe el ordenador portátil. Es como si tuviera una esponja absorbiendo agua en mi garganta, que se hincha y se obstruye, dificultándome la respiración. Intento respirar profundamente, tratando de recuperar el control. Debe de ser un error, porque esto no puede estar pasando. Lentamente, levanto la tapa del portátil. Con manos temblorosas, reviso de nuevo el correo electrónico y esta vez no hay ninguna duda. Maria Weston quiere ser mi amiga.

Hasta ahora, el día había sido bastante normal. Esta noche, Henry está en casa de Sam, por lo que me he pasado todo el día trabajando en algunos diseños iniciales para un cliente que lo quiere todo, desde paredes a alfombras, pasando por sofás, en diferentes tonos de beige

y marrón, aunque al mismo tiempo no quiere que su casa tenga un aspecto aburrido. Cuando he visto que había llegado un correo electrónico, me he alegrado, pensando que tal vez se trataba de un mensaje personal y no de otra empresa que intenta venderme algo.

Ahora, sin embargo, desearía que hubiese sido un *spam* publicitario y me alegraría recuperar el apacible tedio de hace unos minutos. Seguro que debe tratarse de una broma de mal gusto. Pero ¿quién podría pensar que esto tiene gracia? ¿Quién sabe el efecto que puede provocar en mí?

Evidentemente, hay una manera muy fácil de olvidarse de todo esto. Solo tengo que eliminar el correo electrónico, entrar en Facebook y rechazar la solicitud de amistad sin mirar la página. Una parte de mí me está gritando que haga eso y lo deje aquí, pero otra parte, una parte silenciosa y oculta, quiere ver y saber. Comprender.

Por eso lo hago. Clico en «Aceptar solicitud» y entro directamente en la página de Facebook de Maria Weston. La foto del perfil es de la era predigital, y es evidente que ha sido escaneada. Maria lleva el *blazer* verde del uniforme del instituto, el viento mueve su largo pelo castaño y una pequeña sonrisa asoma a su rostro. Examino la página, buscando pistas, pero hay muy poca información. No tiene ningún amigo en su lista y, salvo la del perfil, no hay más fotos.

Me mira con indiferencia desde la pantalla. No he sentido su fría mirada desde hace más de veinticinco años, no he sido el objetivo de esa mirada, que te da a entender que está estudiándote, aunque no de una

forma desagradable, sino evaluándote, comprendiendo más cosas sobre ti de las que tú quisieras que supiera la gente. Me pregunto si alguna vez fue consciente de lo que yo le había hecho.

Detrás de ella se adivinan los ladrillos rojos de los edificios del instituto, familiares pero al mismo tiempo ajenos, como si no formaran parte de mis recuerdos sino de los de otra persona. Resulta extraño pasarte cinco años acudiendo todos los días al mismo sitio y luego no volver allí nunca más. Casi como si ese sitio jamás hubiera existido.

Me doy cuenta de que no puedo seguir mirando la foto durante mucho más tiempo. Mis ojos vagan por la cocina, buscando algo que hacer para romper con esta nueva y desconcertante realidad. Me levanto y me preparo un café, consolándome con el ritual de introducir la brillante cápsula en la cafetera, pulsar con la punta del dedo el botón con la precisión con la que siempre suelo hacerlo y calentar la leche con el vaporizador.

Estoy sentada en medio de los objetos de mi extremadamente cómoda vida de clase media, a mi casi mediana edad. Los electrodomésticos de la cocina y la foto en la nevera de diseño en la que aparecemos Henry y yo en nuestras primeras vacaciones solos, el verano pasado, un *selfie* sacado junto a la piscina: nuestra piel impregnada de sal y acariciada por el sol, una sombra en torno a la boca de Henry, donde el polvo se ha pegado a los restos del helado que se toma todos los días.

Al otro lado de los ventanales franceses, mi pequeño patio con jardín tiene los sombríos colores de finales de otoño, con los adoquines pulidos tras la fría lluvia que

ha caído. En los tiestos descascarillados pueden verse rastros de los restos muertos de mi intento, durante el verano, de cultivar mis propias hierbas. El cielo de la tarde se está oscureciendo, convirtiéndose en una sábana opaca de color gris pizarra. Solo alcanzo a ver uno de los altos edificios que se elevan aquí y allá como gigantes malévolos sobre las hileras de casas victorianas que se convirtieron en apartamentos como el mío y que componen esta parte del sureste de Londres. Esta cocina, esta casa, esta vida que he construido tan cuidadosamente. Esta pequeña familia, de solo dos miembros. Si uno de nosotros muriera, lo que quedaría no sería una familia. ¿Qué costaría echarlo todo abajo y reducirlo a polvo? Puede que no tanto como me imagino. Quizá bastaría con un empujón en la espalda, un pequeño empujón, tan leve que apenas lo notaría.

La cocina, con sus apagadas paredes de color gris paloma y la encimera de madera blanqueada, es cálida pero incomoda. Mientras la cafetera tararea su melodía habitual, escucho a medias las noticias en la radio, que todos los días está encendida en la cocina: una victoria deportiva, una reestructuración del gabinete, una joven de quince años que se ha suicidado después de que su novio colgara fotos de ella desnuda en internet... Me estremezco al pensarlo; siento pena por ella, mezclada con un vergonzoso agradecimiento por que cuando yo tenía esa edad no existían los teléfonos móviles. Abro uno de los ventanales franceses; necesito aire, pero al sentir una helada ráfaga vuelvo a cerrarlo.

El café ya está listo, y no me queda otra alternativa que sentarme de nuevo ante el ordenador portátil, don-

de Maria me ha estado esperando, constante e impene-
trablemente. Me obligo a mirarla a los ojos, buscando
en vano algún indicio de lo que iba a sucederle. Intento
mirar la foto como lo haría alguien cualquiera: es de
una colegiala normal, una foto antigua que ha estado
encima del aparador de alguna madre durante años y a
la que se le ha quitado el polvo todas las semanas. Pero
no funciona; no soy capaz de mirarla así sabiendo cuál
iba a ser su destino.

Maria Weston quiere ser mi amiga. Quizá ese fuera
siempre el problema: Maria Weston quería ser mi ami-
ga, pero yo la decepcioné. Ha estado revoloteando jun-
to a mi conciencia durante toda mi vida adulta, aunque
he sabido mantenerla fuera de ella, convirtiéndola tan
solo en una borrosa sombra en el rabillo del ojo, fuera,
casi por completo, de mi campo visual.

Maria Weston quiere ser mi amiga.

Pero Maria Weston está muerta desde hace más de
veinticinco años.

Capítulo 2

1989

He estado despierta toda la noche, tratando de reflexionar sobre lo que ha ocurrido, sobre lo que he hecho. Tengo los ojos rojos y me escuecen a causa del cansancio, pero no me atrevo a acostarme. Si duermo, cuando me despierte disfrutaré de un maravilloso y terrible segundo durante el cual no seré consciente de nada, pero acto seguido todo se me vendrá encima, con su peso multiplicado indefinidamente por ese segundo de inconsciencia.

Pienso en la última vez que vi amanecer, tendida en la cama de Sophie. En esta ocasión, el asunto es más tempestuoso y sombrío. Una incesante lluvia de verano ha estado cayendo durante toda la noche, y la rama de un árbol cercano golpea intermitentemente contra el cristal de mi ventana. No son solo los fármacos los que me mantienen despierta, aunque aún puedo sentir cómo corren por mis venas, muy a mi pesar. Estoy sentada aquí, en el suelo, desde hace cuatro horas, mientras mi habitación va pasando gradualmente de

la oscuridad a una apagada penumbra grisácea. Estoy rodeada por los restos de mis elaborados preparativos para la noche que, hace doce horas, se extendía seductora ante mí, con la brillante promesa de aceptación y aprobación. Hay tres vestidos desparramados encima de la cama, con el correspondiente par de zapatos para cada uno de ellos, descartados delante del espejo de cuerpo entero. Mis ojos miran sombríamente la mancha de la alfombra, sobre la que Sophie derramó mis nuevos polvos bronceadores, y que intenté limpiar torpemente con un pañuelo de papel humedecido en un vaso de agua añeja.

El vestido que llevaba está en el suelo, junto a mí, hecho un ovillo. Me he puesto una sudadera vieja y unas mallas. Tengo ojeras y los labios secos, y restos de carmín se aferran a las grietas, chorreando por la comisura.

La razón de que lleve tanto tiempo sentada en el suelo es que no puedo moverme. Pensaba que mi corazón palparía a toda velocidad, pero, en realidad, un puño de hierro lo agarra con tanta fuerza que me sorprende que sea capaz de seguir latiendo. Todo se ha ralentizado. Si muevo la mano para cepillarme el pelo por detrás de las orejas o para recoger algo del suelo, da igual lo rápido que lo haga: es como si me estuviera moviendo a cámara lenta. Mi cerebro se esfuerza por darle un sentido a todo, mis pensamientos recorren lentamente los dos últimos meses, intentando descubrir cómo he llegado a esto.

Supongo que todo empezó hace un par de meses, el día que llegó la chica nueva. Me había pasado el recreo

escuchando a Sophie mientras hablaba con Claire Barnes y Joanne Kirby, sin apenas decir nada. Estábamos sentadas en el banco que hay en un extremo del patio; las tres se habían enrollado tantas veces la falda alrededor de la cintura que casi no tenía sentido que la llevaran. Matt Lewis miraba a Sophie desde la otra punta del patio, y sabía lo que estaba pensando. Fue ese día, el primero del año en el que se podía oler la primavera en el aire. Yo estaba sentada en el extremo del banco, disfrutando del calor del sol en la cara, deseando que no quisieran que yo hablara. El cielo era de un asombroso color azul. Sophie, Claire y Joanne parecían brillar; su pelo, increíblemente lustroso, reflejaba la luz del sol, y su piel suave y dorada resplandecía. Evidentemente, las tres eran conscientes del efecto que provocaban, no eran estúpidas.

Sophie se estaba retocando el rímel mientras hablaba del chico con el que se había enrollado el fin de semana anterior en la fiesta del decimosexto cumpleaños de Claire Barnes. Obviamente, a mí no me habían invitado. Claire y Joanne solo toleran mi presencia porque Sophie y yo somos amigas. A veces siento que me aferro a esa amistad con la punta de los dedos.

–En fin, nos estábamos besando y todo eso, y entonces..., bueno, ¿sabéis qué es lo más embarazoso que le puede ocurrir a un chico, verdad? Pues ocurrió.

Claire y Joanne lanzaron un chillido.

–¡Dios mío! –exclamó Claire–. ¡Eso es muy embarazoso! ¿Os acordáis de aquella vez que me enrollé con Mark en la fiesta de Johnny? Nos fuimos al campo y ahí estaba yo, haciéndole una mamada, pero no ocurría

gran cosa. Entonces levanté la cabeza y, ¿a que no sabéis qué? ¡Se había quedado dormido!

Sophie y Joanne se echaron a reír y yo sonreí, para dejar claro que había entendido la broma. Al menos sé lo que significa hacer una mamada, aunque se me escapen los detalles. He intentado imaginarme haciéndole eso a un chico, incluso a un chico que me guste, pero no puedo. Para empezar, no tengo ni idea de cómo funciona, qué hay que hacer con la boca y con la lengua. Me estremecí.

Claire se inclinó sobre Sophie y Joanne como si estuviera a punto de impartir una clase magistral.

—Para vosotras dos está bien, porque aún supone una cierta novedad, pero yo empiezo a estar un poco harta del sexo. Es lo único que quiere Dan. A veces me apetecería ir a la ciudad, al cine o algo así.

Sophie y Joanne hicieron un gran esfuerzo por demostrar que estaban de acuerdo con ella. Es curioso: Sophie siempre es genial, está muy segura de sí misma; sin embargo, a veces, cuando está con Claire, puedo ver su punto débil, las grietas en su fachada. Desde hace poco dejan que las acompañe cuando van a la ciudad. Vamos en grupo, pero cuando llegamos al camino que discurre junto a la orilla del río, es tan estrecho que solo permite avanzar en pareja, y siempre tengo la sensación de que Sophie y Joanne se empujan disimuladamente para caminar junto a Claire en vez de hacerlo a mi lado.

Hasta esta noche, nunca había besado a un chico, y recuerdo haber rezado para que las demás no se enteraran. Sophie lo sabe, pero no creo que vaya a con-

tarlo. Al menos nunca intentan involucrarme en esas conversaciones. Siempre tengo miedo de decir alguna estupidez, algo que traicione mi falta de experiencia. La mayor parte de lo que sé sobre el sexo lo he aprendido en las páginas de la revista *Just Seventeen*, aunque Dios sabe que podría ser un poco más útil. La página dedicada a las mujeres da por sentado que tienes conocimientos básicos, por lo que siempre hay frases y palabras que no estoy segura de entender del todo. Piensas que las clases de educación sexual del instituto deberían haberse ocupado de esto, pero no es así, porque lo único que han hecho es poner un vídeo de la década de 1970 de una mujer dando a luz y dar algunas embarazosas charlas sobre penes introduciéndose en vaginas. La verdad es que incluso yo sabía eso. La única clase que prometía ser interesante era una en la que la señora Cook iba a enseñarnos cómo colocar un condón en un plátano, pero resultó que ese día se puso enferma, por lo que tuvimos que apañárnoslas escuchando a alguien de otro grupo que lo había hecho la semana anterior.

La chica nueva se llamaba Maria Weston. No vestía mal: llevaba un uniforme normal, ni muy soso ni muy llamativo. La señorita Allan le dijo a Sophie que se ocupara de ella, pero lo único que hizo fue enseñarle dónde estaban los baños y la cafetería, y luego pasó de ella durante el resto del día. Esther Harcourt intentó hacerse amiga de Maria, pero incluso una chica nueva podía darse cuenta de que entablar amistad con Esther, con su ropa de segunda mano y sus gruesas gafas no era la mejor manera de triunfar socialmente en nuestro instituto. Es curioso pensar que en la escuela primaria solía estar

a todas horas con Esther. Me encantaba ir a su casa, porque su madre nos dejaba que fuéramos al bosque durante horas, aunque eran unos *hippies* vegetarianos, y a la hora del té comíamos cosas bastante raras. A veces la echo de menos; solíamos reírnos. Sin embargo, ya no podríamos seguir siendo amigas..., ¡qué horror!

A la hora de comer, Sophie ni siquiera se sentó con la chica nueva, y Esther ya se había alejado de Maria porque había sido muy fría con ella durante el recreo de la mañana. A medida que me acercaba a la caja registradora, eché un vistazo a la cafetería, tratando de decidir dónde iba a sentarme. Maria se había sentado sola, en el extremo de una mesa; en la otra punta había un grupo de empollonas empedernidas en el que estaba Natasha Griffiths (o, como la llama Sophie, «Cara y Cuello», debido a su maquillaje de color naranja y a su cuello blanco). Cara y Cuello no paraba de hablar de sus deberes de inglés y de lo increíbles que le había dicho que eran el señor Jenkins, quien le había pedido que se quedara al terminar la clase (estoy segura de que lo hizo: todo el mundo piensa que es un perverso). Estaba a punto de pasar al lado de Maria, preguntándome si sería una buena idea sentarme con Sophie (ella estaba con Claire y Joanne en el extremo izquierdo de la mesa, que por alguna razón es la mesa enrollada: a menos que solo tomes un yogur para comer, es bastante embarazoso sentarse allí), cuando ella llamó mi atención. Maria estaba comiendo una patata asada y escuchando a Natasha dando la lata acerca de su trabajo sobre Shakespeare, sonriendo como si ya hubiera comprendido lo plasta que es, y algo me empujó a ralentizar mis pasos.

–¿Está ocupada esta silla?

–¡No, no hay nadie! –respondió Maria, moviendo su bandeja para dejarme espacio–. Siéntate.

Depositó mi bandeja con la bochornosa y grasienta lasaña de carne y me senté, luego presioné la afilada punta del zumo de manzana hasta que el pequeño disco de plata cedió y salió una gota de líquido de color ámbar por el agujero.

–Bueno, ¿qué tal te ha ido hasta ahora tu primer día?

–Oh, bien. Es difícil..., bueno, ya sabes...

Maria se interrumpió.

–Básicamente un asco, ¿no?

Sonreí.

–Sí. –Ella también sonrió, aliviada–. Un asco total.

–¿A qué instituto ibas antes? ¿Tus padres se han mudado?

Maria se concentró en la piel de la patata.

–Sí, antes vivíamos en Londres.

–Ah –dije.

Abril parecía un buen mes del año para mudarse, cuando ya faltaba poco para los exámenes del certificado general de enseñanza secundaria.

Maria vaciló.

–Tuve problemas con algunas de las otras chicas.

Me dio la sensación de que no quería que le preguntara, de modo que no lo hice.

–Bueno, aquí todo el mundo es muy simpático –mentí–. No tendrás esos problemas. En realidad, algunas de nosotras solemos ir casi todos los días a la ciudad cuando terminan las clases. Deberías acompañarnos.

–Hoy no puedo; mi hermano viene a recogerme para llevarme a casa. Pero me encantaría ir con vosotras otro día.

Después de la comida teníamos clase de matemáticas. Sophie se sentó a mi lado, recién maquillada después de una sesión de cotilleo en los baños y apestando a *Poison*, de Christian Dior. Le dije que había estado hablando con Maria y que la había invitado a ir con nosotras a la ciudad. Sophie se volvió hacia mí.

–¿La has invitado a salir con nosotras?

Su voz tenía un tono amenazador.

–Sí... ¿Te parece bien?

Traté de controlar el temblor de mi voz.

–¿Lo sabe Claire?

–No... No pensé que le importara a nadie.

–Deberías habérmelo consultado antes, Louise.

–Lo siento, creí que... Es nueva, y...

Ordené innecesariamente los libros que tenía sobre la mesa, mientras me sentía invadida por el pánico. ¿Qué es lo que había hecho?

–Lo sé, pero ya he oído algunas cosas sobre ella, cosas que ocurrieron en su antiguo instituto.

–Ah, no pasa nada, me habló de ello. –Puede que eso la calmara–. Todo era mentira.

–Eso fue lo que te dijo, ¿verdad? ¿Te contó lo que ocurrió?

–No –admití.

Sentí que las mejillas empezaban a arderme.

–De acuerdo. En fin, quizá deberías informarte antes de ir por ahí invitando a la gente a salir.

Hicimos los ejercicios de álgebra en silencio duran-

te unos minutos, hasta que me di cuenta de que Sophie aún seguía mirando por encima de mi hombro para copiar mis respuestas.

-Da la casualidad de que no podrá ir esta noche -dije finalmente-. Ha quedado con su hermano.

-He oído que también es un poco rarito. De todos modos, esta noche no puedo ir a la ciudad. Tengo algo que hacer con Claire.

Evidentemente, no había sido invitada a esa misteriosa cita, así que no dije nada. Me sorprendió que Sophie no pudiera sentir el calor que yo irradiaba; rezumaba conmoción y preocupación por todos los poros.

Cuando sonó la campana, Sophie recogió sus cosas y se fue muy rápida a la siguiente clase. Al final de la jornada ni siquiera se despidió de mí. Solo la vi reírse, cogida del brazo de Claire Barnes, sin mirar atrás. Yo estaba aterrorizada, pensando que había arruinado mi amistad con ella. Mierda, mierda, mierda... ¿Qué iba a hacer?